

# Hambre de piel

## Reflexiones sobre la animación a la lectura

En el verano de 2004 participé en tres actividades que me sirven muy bien para enlazar este artículo sobre la animación a la lectura, materia siempre necesitada de reflexión. En primer lugar recibí una invitación del Ministerio de Cultura para asistir en Argentina al Foro del Libro y la Lectura que, organizado por el escritor Mempo Giardinelli, se realiza cada año en agosto en una ciudad de nombre prometedor: Resistencia. Más de setecientas personas, profesores y bibliotecarios en su mayoría, participan en las conferencias, mesas redondas y talleres que constituyen el Foro, con verdadera ansia de aprender e intercambiar experiencias. Reencontré en ellas el entusiasmo que se daba en nuestro país hace unos años, cuando las bibliotecas empezaban a despegar.

Compartir con aquellos colegas “resistentes” unos días fue extraordinario. En teoría yo iba a enseñar, pero aprendí de ellos mucho más que ellos de mí. Y, también, cómo no, aprendí mucho de los conferenciantes, entre los que destacaba Geneviève Patte, una bibliotecaria tan conocida que no necesita presentación. Yo la admiro desde que leí su obra “Laissez-les lire”, pero no la había visto nunca en persona. Me asombró su sencillez y su gran actividad; a pesar de que está jubilada desde hace tiempo se sigue dedicando en cuerpo y alma a la promoción de la lectura, ahora impulsando programas en países asiáticos y americanos en vías de desarrollo.

Escuchar su breve intervención supuso para mí una auténtica conmoción. Con voz joven y gran delicadeza habló durante los quince minutos que le correspondían, ni uno más. Dijo que es muy importante leer en voz alta a los niños. Dijo que la lectura es una cuestión muy personal y que leer para un solo niño es quizá la forma más perfecta de animar a leer. Dijo que los programas que ella coordina consisten en ir por los barrios periféricos de las grandes ciudades, allí donde se encuentran los niños de la calle, y extender libros por el suelo, esperando que alguien se interese por alguno de ellos. Que el adulto no debe hacer la elección porque el niño tiene el derecho absoluto de escoger el libro que quiere que le lean, y que muchos de esos niños se acercan a los libros y al adulto que los lleva no tanto por hambre de lectura como por hambre de piel. Hambre de piel dijo Geneviève Patte, y se me quedó grabada esa expresión igual que su enfoque íntimo de la lectura, que le lleva a hacer programas dirigidos a un solo niño, o a muchos niños solos, uno por uno.

Los bibliotecarios a veces somos demasiado ambiciosos al plantear nuestros objetivos profesionales, yo al menos creo haber pecado de eso. Queremos convertir en lectores a todos los habitantes de las ciudades donde desarrollamos nuestro trabajo, y ese objetivo tan enorme puede hacernos perder de vista a cada uno de ellos. Nos parece fallida una actividad que no haya tenido tantos asistentes como esperábamos y no nos damos cuenta de que quizá haya dado lugar a un momento especial en la vida de alguien, que es a lo más que podemos aspirar los trabajadores de la cultura.

Cuando este mismo verano pasado la biblioteca de Guadalajara cambió de palacio, pidió ayuda a los socios para trasladar, en la mañana de un sábado, los últimos mil y un libros que, escogidos por ellos mismos, se habían salvado de las claustrofóbicas cajas de mudanzas: esa es la segunda actividad que me sirve para seguir mi reflexión. La verdad es que cuando pensamos en un traslado así, de mano en mano a lo largo de una gran cadena humana que uniera los trescientos metros que separan el palacio viejo y el nuevo, creía-

Pepe Zamora

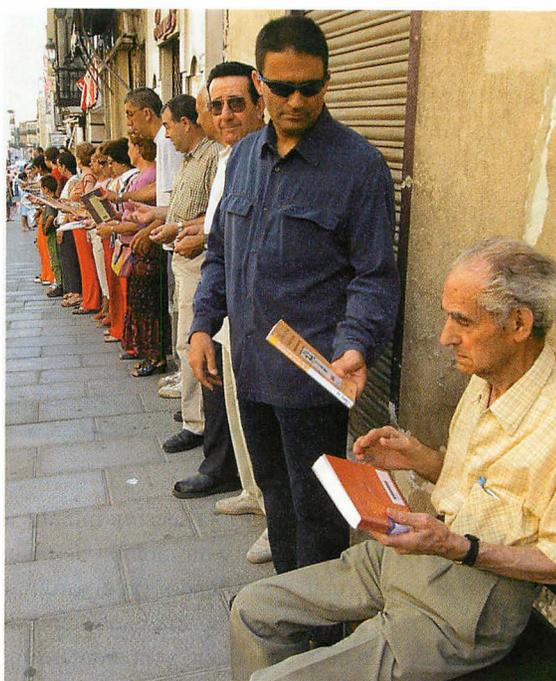


Cadena de traslado de 1001 libros en Guadalajara

mos que tendría lugar en el mes de abril. Pero las obras se fueron alargando, la inauguración se fue retrasando, llegó el mes de julio y los sábados de julio se prestan más a un buen baño que a una sesión de biblioteca, así que en los días anteriores yo me lamentaba de que una actividad tan bonita pudiera quedar un tanto deslucida; no sé cómo ese mal pensamiento pudo entrar en mi cabeza. Al final, a la cita propuesta por la biblioteca acudieron unas quinientas personas; en abril seguramente habrían sido el triple, pero la emoción que aportaron esas personas fue tan sincera que el 10 de julio de 2004 se ha convertido para mí en una fecha memorable. Nunca podré olvidar la imagen de Víctor Garrido, maestro jubilado que durante muchos años –hasta bien sobrepasados sus ochenta– colaboró como voluntario haciendo todo el registro de libros en la biblioteca de Guadalajara. Allí estaba él, sentado para no cansarse mucho y durar más tiempo en la cadena. Muy cerca se encontraba Emilio Cobos, el decano de los libreros de la ciudad, tan emocionado que le asomaban las lágrimas al trasladar desde las manos anteriores a las siguientes la segunda parte del *Quijote*, el libro mil y uno. Un poco más lejos Marisa Burgos y José Antonio Camacho, del Seminario de Literatura Infantil y Juvenil, se marcaban una jota con un libro en cada una de sus manos alzadas. Y también había niños, muchos niños que producían atascos porque en vez de pasar los libros a la siguiente persona los miraban, los abrían, los leían... Compartir esa mañana con ellos y muchos amigos más fue otro de los regalos del verano.

El tercero se produjo durante el Maratón de los Cuentos, que en la actualidad dura cuarenta y seis horas. Unos meses antes de su celebración habíamos decidido escoger un cuento clásico acariciando la posibilidad de que se contara en cuarenta y seis lenguas diferentes, una por cada hora. Y así fue: el cuento del hombre que sueña con un tesoro en un lugar lejano y realiza un largo viaje en su busca sólo para enterarse, al llegar, de que el tesoro está enterrado en su propia casa, se contó en suahili, chino, esperanto, volapük, migaña, indi, latín, griego moderno, griego clásico, finlandés, rumano, árabe, francés, inglés, portugués, alemán, lengua de signos, catalán, gallego, vasco, bable, mímica, gaditano, italiano, romaní, polaco y veinte variantes más. Las personas que contribuyeron a construir ese maravilloso abanico de lenguas eran, prácticamente todas, de nuestra propia comunidad y abordaron su tarea con una seriedad emocionante, enseñando un aspecto de sí mismas que a diario está oculto y es que en el Maratón, como en cualquier otra fiesta ritual, la gente muestra una cara diferente: su verdadera cara.

¿Qué tienen en común el Maratón, la Cadena Humana de los 1001 libros y las ideas de Geneviève Patte sobre la lectura? Creo que mucho más de lo que



Pepe Zamora

Más instantes de la cadena

a primera hora podría parecer. En los tres casos las personas son contempladas como individuos que tienen algo importante que aportar, no como sumandos sobre los que construir una buena cifra de resultados para las estadísticas. También, en los tres casos, se parte de un objetivo modesto, como leer para un solo niño o hacer algo en común sólo por el gusto de hacerlo. Y, para terminar, ninguna de esas tres actividades necesita grandes montajes organizativos ni apoyos mediáticos costosísimos; se nutren del cuidado y el cariño que ponen en ellas los organizadores y los participantes.

En el polo opuesto están las campañas como la que este año se está desarrollando por doquier en torno al *Quijote* con cientos de actos, cantidades ingentes de euros, abundancia de famosos y un despliegue propagandístico mareante. Cuando asistimos a ese derroche de medios, reflejo de una manera de entender la cultura que quedó muy bien retratada hace años en un artículo memorable de Sánchez Ferlosio (1), los bibliotecarios sentimos una indignación inversamente proporcional al tamaño de los presupuestos que las instituciones de que dependemos destinan a las bibliotecas. Esas campañas animan, sí, a consumir turismo, libros o espectáculos a los que se asiste pasivamente... pero no animan a leer a quien no estuviera previamente animado, ni a participar en la creación cultural, ni a buscar la propia identidad, ni a abrirse al mundo, ni a tratar de comprender mejor a los demás. Por el contrario, las bibliotecas animan a todo eso, y es fácil comprobarlo visitando una cualquiera. Tomemos como ejemplo la de Guadalajara.



Momentos de baile en la cadena

Es sábado por la mañana. En la sección infantil se desarrolla la Hora del Cuento y un montón de niños con sus padres disfrutan escuchando. En el jardín, a pesar del frío, los miembros de una asociación de escultores preparan las piezas de un gran montaje que van a instalar a continuación en el patio interior para dar a conocer su obra. Al lado, en un gran almacén, un grupo de personas voluntarias empieza a fabricar el interior de la barriga que se tragó a Pinocho: un escenario fantástico que servirá para que lo recorran los niños que vengan en los próximos meses en visita colectiva y cuya fabricación va a llevar unas cuantas semanas. En la sala multiusos se celebra la tercera sesión del curso de creación literaria; se escuchan risas cómplices: alguien ha debido de leer en voz alta alguno de sus escritos.

Es 4 de enero, casi víspera de Reyes. Un grupo de jóvenes aficionados al teatro regala a los niños un divertido montaje de piratas. Los niños ríen y participan. Sus padres y madres también.

Es jueves por la tarde. Hay un gran revuelo en los pasillos: los dos clubes de lectura de las cinco salen y se cruzan con los de las seis y media, que están entrando. Se producen más atascos que de costumbre porque hoy se ha inaugurado una exposición de dibujos del pasado Maratón y la gente se entretiene mirándolos. En el patio suena la guitarra de un joven músico que se había ofrecido a dar un concierto informal. Los usuarios seleccionan sus materiales mientras lo escuchan.

Es miércoles por la mañana. Una ONG de nombre conocido prepara unos paneles para denunciar el comercio incontrolado de armas. La sección de préstamo selecciona una pequeña exposición bibliográfica que completará la acción de los paneles. En la sección infantil la pequeteca recibe a los pequeñines, que hoy vienen disfrazados porque es carnaval.

Es viernes por la noche. La biblioteca hace rato que ha cerrado sus servicios normales pero celebra una sesión de narración. No es un espectáculo: aquí todo el que quiere cuenta y los demás escuchan. Hay unas cuarenta personas sentadas en círculo. Se está

muy bien en la penumbra escuchando una voz y un silencio, una voz y un silencio.

(...)

Estos podrían ser fragmentos del Diario de la Biblioteca si alguien tuviera tiempo de escribirlo. Desde aquella Cadena Humana de la que hablamos hace un rato, los días están llenos de cosas así, actos sencillos y no muy caros (a veces regalados por algún usuario) que participan de las tres características que citábamos al principio: contemplan a las personas como individuos, tienen objetivos modestos y se hacen gracias al interés y el cariño de la gente que participa en ellas.

Creo que ese es el camino a seguir. Pero, aunque se tengan muy claras las cosas, a veces se cometen equivocaciones y se pierde el sentido del trabajo. Voy a poner un ejemplo personal, ocurrido hace unos días: a finales de febrero estábamos reunidas en la biblioteca varias personas buscando un Socio de Honor para el Día del Libro, y yo propuse dar ese título a toda la ciudad de Guadalajara para agradecer la atención y el cariño que le demuestran los ciudadanos, emocionante en los últimos meses. Enseguida fui contestada por una de mis compañeras, Milagros Méndez. Le parecía algo demasiado grandilocuente y pretencioso: ¿quiénes somos nosotros para dar un título a toda una ciudad? Y además, ¿quién recogería el título?, ¿un político? ¿No se sale eso de la línea habitual de la biblioteca, menos oficialista y más alternativa? Mi propuesta quedó inmediatamente abandonada y, un momento después, encontrábamos el Socio de Honor ideal: el colectivo de bibliotecarias municipales de la provincia que, a pesar de las difíciles condiciones en las que se desarrolla su trabajo, no pierden nunca la ilusión.

Como cualquier otra tarea bibliotecaria, el diseño de las actividades debe ser el resultado de un trabajo en equipo, porque a veces se puede perder el norte, y entonces las personas reflexivas y serenas ayudan a reencontrarlo. Personas como Geneviève Patte, que con sus programas de lectura para un solo niño es el ejemplo perfecto de lo que debe ser la animación a la lectura: algo muy simple y muy poco ambicioso.

Los grandes montajes cultural-propagandistas son otra cosa. No valen para apaciguar ese hambre de piel que, física o metafóricamente, padecen tantas y tantas personas de nuestro entorno. Las bibliotecas, por el contrario, sí pueden saciarlo. Es una suerte inmensa trabajar en algo tan necesario y tan esencial. 📖

Blanca Calvo

Directora de la BPE de Guadalajara

#### Notas

(1) *La cultura. ese invento del gobierno. El País*, 22 de noviembre de 1984.